

SED EN LOS CÁNTAROS

Somos tristes viajeros, aferrados
a una balsa de arcilla que navega
indefectiblemente hacia el ocaso.
Se arrodilla la luz en las vidrieras
grabadas en la espalda de las horas
y la vida se viste de poniente
sin poder contener la ansiedad del instante
que nos niega la savia entre los labios
agrietados de sed y pesadumbre
como hambrientos gorriones
quemándonos triguales de fracasos.

Qué denso escalofrío en la mirada
de los ojos errantes, anegados
de inútiles estíos o de otoños
siempre tan infecundos en los dedos.

Este temblor de arcilla pordiosera,
ya sin agua en los cántaros resecos
es una pesadilla incontinente,
el desconchón amargo de la duda
que no se atreve a remontar el vuelo.

En qué caudal de antiguas lejanías
tendremos que saciar la sed amarga
con el agua esperando la llegada
de nuestra indefensión, crónica herida
que se hospedó en el alma desde siempre.